

logía narrativa, el término clave no es «relato», sino «misterio», que indica el designio eterno del Padre, realizado en Jesucristo. Por tanto, al hablar de que los hechos concretos de la vida de Jesús son misterios, se transmite el mensaje de que en cada uno de ellos el Padre se revela a los hombres y les salva.

A Granados le interesan las consecuencias de esta formulación: la síntesis entre lo eterno y lo temporal, el *Logos* y la historia. El autor reconoce la aportación de Guardini (*Las edades de la vida*) al tema de los misterios de Jesús, que ponía el acento en defender un punto vital: no permitir la reducción naturalista, psicología puramente humana en el tema del misterio de Cristo. Granados recuerda que no se puede perder de vista, ampliando los horizontes de la reflexión teológica, lo que dijo san Ireneo de Lyon: Jesús pasó por cada momento de la vida del hombre, desde la infancia a la vejez, para santificar el camino temporal de sus discípulos.

La parte central del libro es el análisis teológico de los misterios de la vida del Señor. Empieza con el misterio del bautismo en el Jordán, para pasar al de la predicación del Reino, fijándose en el sentido profundo

que tiene la palabra en la teología cristiana. Un etapa importante es la transfiguración; después, la entrada de Jesús a Jerusalén, para terminar en el acontecimiento pascual, visto en dos perspectivas: desde el sufrimiento de la Pasión y desde la victoria del amor en la Pascua. El libro termina con el enfoque mariano, introduciendo el término de la «memoria de María» como la más adecuada (y, como observa el autor, que ha recobrado su importancia en nuestra época, como lo demostró el estudio de Martin Hengel) para contar cómo los misterios terrenos de Jesús pasan a ser los nuestros.

La idea de Granados, que desarrolla ya desde su doctorado dedicado a los misterios de Cristo en san Justino Mártir, es elaborar, a partir de los misterios de Cristo, una noción del tiempo capaz de enhebrar presente, pasado y futuro, y que demostrará que Cristo no pertenece a un pasado caduco. De esta manera ayudará al hombre a configurar su propio tiempo vital, porque si Cristo abraza el comienzo y término del mundo, entonces, desde esta perspectiva, es posible que Cristo se comunique con todo hombre de toda época.

Piotr ROSZAK

Gilbert GRESHAKE, *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*, Salamanca: Sígueme («Verdad e imagen minor», 24), 2008, 140 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-301-1688-1.

El Prof. Greshake ofrece una reflexión teológica que busca responder a la pregunta sobre el sentido del dolor, dentro de un horizonte creyente, y resolver la cuestión clave sobre la compatibilidad del mal en el mundo con la existencia de un Dios bueno.

Frente a la experiencia real del dolor, el Autor justifica la necesidad de una medita-

ción teológica sobre el dolor, porque aunque el dolor es una cuestión existencial de cada persona, una tarea de la teología consiste en explicar en qué sentido se pueden entender el sufrimiento y cómo se le puede integrar en la propia existencia (cfr. p. 29).

La presente obra retoma un escrito anterior de Greshake (*El precio del amor. Me-*

ditación sobre el dolor, 1978) y su posterior reedición (*Cuando el dolor paraliza mi vida. ¿El dolor, precio del amor?*, 1992), los cuales constituyen la primera parte del libro, en la cual el Autor dialoga con otras obras teológicas que hablan del dolor, pero que no toman en cuenta el horizonte cristiano. La segunda parte se basa en una conferencia dirigida a los enfermos crónicos, a los que padecen discapacidad permanente y a los ancianos.

La primera parte, titulada *El precio del amor*, aborda la problemática clásica de la incompatibilidad del dolor (físico, moral y también por amor) con la existencia de un Dios que, o no es bueno, o no es poderoso para evitar el sufrimiento humano. Una buena aportación de este texto del Profesor emérito de la Universidad de Viena consiste en que tiene como interlocutores a los que proponen que esta cuestión ya no sea objeto de la teología, o que quede sin respuesta: Peter L. Berger, Karl Rahner, Regina Ammicht-Quin, Hans Küng, Karl Lehmann y Johann Baptist Metz; y también dialoga con autores para los que el dolor es «la roca del ateísmo»: Georg Büchner, Arnim Kreiner, Walter Gross y Karl-Josef Kuschel (capítulo 1).

En la búsqueda de una respuesta que no atribuya la responsabilidad del mal a Dios, y que a la vez no vacíe de sentido la superación cristológica y escatológica del dolor, el Prof. Greshake escucha las objeciones del dolor que nace de la misma libertad humana (cap. 2), y las del dolor que no es causado por el hombre, sino que tiene su origen en la Creación misma (cap. 3).

Entonces, el Autor repropone los argumentos clásicos, pero con un desarrollo nuevo para dialogar con las objeciones que hasta este momento ha ido recogiendo. Primero, retoma la argumentación cristológica: Dios mismo se introduce en el dolor y lo hace suyo, sufre con el hombre cuando Jesús acepta el dolor para alejar al hombre del pecado (cap. 4).

Y a continuación Gisbert Greshake reelabora los argumentos escatológicos. Se centra en la esperanza, que no sólo apunta a la superación definitiva del dolor al final de los tiempos, sino que también ya ahora supera el sentido negativo del dolor y otorga un anticipo de esa superación. Luego aborda los medios para superar el dolor: luchar por eliminar las estructuras sociales injustas, la enfermedad, etc.; transformar por la paciencia el dolor que no se puede superar; y la oración, pues exponer el dolor ante Dios le da un nuevo contexto al sufrimiento (cap. 5).

En la segunda parte, que es más breve y se titula «Vivir con límites», el Autor habla de los límites producidos por privación de la salud, etc. y que ocasionan angustia. Explica que esas limitaciones remiten a la muerte, que es límite extremo de la vida. Y expone cómo la sociedad contemporánea evita hablar de la muerte («represión de la muerte») y de los sufrimientos (utilizando la técnica para evitar que nazcan los discapacitados, o aislando a los enfermos crónicos y a los ancianos) (cap. 1).

Finalmente, el Prof. Greshake expone las dimensiones implicadas en el manejo del dolor, como una respuesta a la problemática de huir de las limitaciones. Las sintetiza en reconocer o no ocultar el dolor a los enfermos; madurar mediante el sufrimiento; amar, con un amor que es más fuerte que la muerte y es el auténtico poder de la esperanza; y esperar, poniendo en Dios el fundamento de la esperanza (cap. 2).

Esta obra es un excelente ensayo, que como señala el mismo Greshake, se toma en serio la pregunta del dolor, la misma que hizo nuestro Señor moribundo («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»: Mt 27,26), y la traduce en el compromiso de buscar una respuesta al sentido del dolor, confrontándolo con un Dios bondadoso y omnipotente, en el contexto cultural y teológico contemporáneos.

Luis-Fernando VALDÉS